

PENSAR LA CIUDAD (O SOBRE LA CONSTRUCCIÓN DE LA CONVIVENCIA EN OCCIDENTE)

Otilio Flores Corrales

Uno ama precisamente las cosas
por las que se esfuerza.
¿Verdad que los hombres
no se esfuerzan por lo malo?

Epicteto

I

No sabremos quizá jamás con exactitud, qué sucedió en aquellos tiempos lejanos cuando después de muchos miles de años, el Hombre pasó de ser nómada a sedentario. No fueron los efectos de los grandes cambios climáticos en el orbe los que lo hicieron posible, ni su dominio del fuego, ni la escasez de alimentos lo que lo impulsó a otro paso gigantesco en la evolución de nuestra historia. ¿Qué fue, pues, lo que determinó ese momento en el que probablemente descubrió la agricultura?

¿Qué necesidad hubo para que comenzáramos a ser sedentarios y, por tanto, a transformar nuestra naturaleza? Probablemente ese “momento” sucedió en un lapso milenario y no súbito. Los tránsitos son lentos. Las oscuridades originarias aún hoy nos inquietan. En el inicio el *homo sapiens* se fundía con el “hombre de Neardhental”. Es una maravilla saber que hubo “algo” que determinó que sucediera el milagro del “primer amor”, de los primeros sentimientos con los que nos alejamos de una animalidad primitiva.

Éramos viajeros perpetuos por el mundo, pero surgió —¿de nosotros?— una naturaleza distinta que nos cambió (y que cambiamos) para ser lo que somos: una segunda naturaleza comenzó a dominarnos, y desde entonces una *sobrenaturaleza* que imprime las características de los laberintos que encierran los mitos y que es materia prima de lo que nos hace ser hombres.¹ ¿Fue de la manada de donde emergió realmente una colectividad que rebasaba el mero instinto de no estar solos? ¿Es en ella en donde —bajo los esquemas de la antropología— habrá que buscar la “razón” misma de lo que hace a la “unidad” social? La etología puede alumbrarnos en estos senderos poco estudiados por las ciencias sociales.

La niñez de la humanidad se vislumbra aún nebulosa entre las nacientes civilizaciones que hoy guardan silencio. De las culturas premesopotámicas, no sabemos casi nada. La división de las razas, de lenguas, es una expansión que asombra. Las culturas indoeuropeas más arcaicas se dividen de las del Lejano Oriente entre un pasado del cual hablarían los hielos eternos del paisaje deslumbrante donde nace el territorio chino, donde Mongolia se deja ver. El Himalaya es testigo silencioso (como el suelo del Tíbet), de aquella división secreta de las grandes migraciones.

Sólo sabemos apenas de las “primeras” civilizaciones a raíz de estudios casi siempre con tendencias eurocéntricas como totalizantes,² des-

¹ A “Hombres” u “el hombre”, le doy el significado de Humanidad, es decir, de hombres y mujeres en su conjunto, en suma de la especie y no del género. Me refiero al *Anthropos*.

² Obviamente existen claras excepciones. Baste un ejemplo de un hermoso estudio sobre sociedades arcaicas que hizo la profesora Lucila Ocaña Jiménez que tituló: “La

cuidando lo que vivimos, dejando de narrar otras totalidades, “otras partes” de una unidad desconocida. Hay grandes huecos en nuestra memoria que como humanidad padecemos en lo que somos y soñamos.³ Hemos ignorado el universo olmeca (y con él, el mundo Mesoamericano), el de las culturas de Africa, los de las lejanías de Asia. Esas ausencias tienen un costo alto para los pueblos.

Mesopotamia, Babilonia, Fenicia, los hititas, los sumerios o los etruscos... Petra, Jericó, Bagdad... comenzaron a hablar de vestigios antiguos de las primeras (o mejor dicho, más antiguas) colectividades. Antiguas organizaciones sociales urbanas expresan en sí mismas, niveles de civilidad en claro-oscuro pasado todavía oculto. Y, sin embargo, esos vestigios nos comienzan a hablar con ecos que rebasan más de ocho mil años antes de Cristo.

De tribus a aldeas, de aldeas a asentamientos. De la caverna a la construcción. Las grandiosas travesías de los hombres primigenios, guardan en silencio sus pasos en las huellas del tiempo. De esas aventuras, quizá nunca sabremos algo aunque la llave hoy sea la literatura y el arte.

Se transformó el orden y las estructuras mentales del Hombre: perdimos la fuerza de los sentidos, y con éstas —es decir, con esas estructuras mentales— abandonamos una percepción posible como mágica. Comenzamos a dejar al *sensus* por *la ratio* tan lentamente que no es posible atribuir ese paso a los griegos. Las palabras y no al mundo que transportamos y transmitimos y entonces creemos que ellas son la realidad y no el mundo. Pero aún hoy no es superfluo lo que nos dicen los sentidos. Se construía ahí, en la aventura mental del origen de la conciencia, una idea universal del mundo: el mundo desde entonces es el Hombre: y se ha dicho con justeza que el Hombre es Lenguaje.

El lenguaje dio “una cohesión” metabiológica a la convivencia pri-

historia comienza en Sumer, una historia de Dioses. Termina con guerras y demonios”, en la revista *Estudios Políticos* número 27, México, UNAM/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, mayo-agosto, 2001, pp. 157-208.

³ Cf. con mi ensayo “Psiquiatría política: las patologías de Estado”. Aparecerá en un próximo número de la revista *Estudios Políticos*, México, UNAM/Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

maria. Signos y símbolos transitaron por el tiempo y por los siglos, y del grito a la voz, de la voz a la palabra fue creándose una de las empresas más asombrosas de la humanidad. Sin el lenguaje, la comunicación y la vida social se tornan imposibles en cualquier especie. Quizás “el lenguaje del arte” antecedió al milagro de la palabra humana. Y la palabra fue ahí, traductora del orden fundamental que adquirieron los mitos. De alguna manera el mito no es producto de un orden social.

Tener un lenguaje es poseer un orden. Y un pueblo —como principio— es un orden. Y aunque esta revolución cognitiva no sea un fenómeno paralelo en todos los pueblos de la tierra, sí despierta la misma intensidad en ellos. El lenguaje es poder: sin poder no hay pueblo.

Los testimonios de la deconstrucción del Hombre nos viene del mito. Hesíodo y Apolodoro junto con Homero son puntos culminantes de la transmisión de ellos. Los mitos anteceden a los textos (e incluso al mismo orden y sentido de las palabras). Hay textos antiguos, y de entre ellos (sin entrar en la erudición e influencias místicas y mágicas de los libros de los vedhas, o de los textos sagrados mayas, por ejemplo), los que han importado, al menos en Occidente, son los del Antiguo Testamento (como parte de la tradición que nos heredan los mitos hebreos). La Biblia dictamina como sobresalientes a sus más antiguos libros en el sentido de las grandes cosmovisiones (de la creación) y de las primeras constituciones sociales. Las cosmologías y las cosmogonías abundan. Las escatologías se fundan a la vez en los “principios”. Hesíodo es sólo un punto culminante entre el genio y la erudición que describe al mundo que dejamos al dejar de ser antiguos.

Pero los cimientos de la conformación social —en sí mismos— no son un misterio. En las sociedades agrourbanas, la unidad primera se dio cuando los hombres comenzaron a compartir sus dioses. De hecho, la polis era eso: un lugar en donde mandaban dioses comunes a todos lo que habitaban aquel espacio.⁴

⁴ De ahí la palabra moderna “metrópolis”. Metros en griego puede significar medida, pero también espacio.

De la aldea se transita por mil caminos a la *polis*. La *polis*, sobre todo, era un espacio mental que se concretizaba en ser territorio fundido con voluntades divinas. La escatología del panteón griego es reveladora. El tránsito de *phisis* a *polis* desde el mundo prehomérico hasta la decadencia griega, guarda los nacimientos de Occidente. Y en aquellos amanezcos brotaron los contenidos de nociones capitales como “Derecho”, “Filosofía” o “Estado”. Palabras complejas que en el inicio eran más bien representaciones de dioses y que pasaron lentamente a ser conceptos filosóficos y políticos con los que se explicará hasta el día de hoy al mundo.

El espacio mental-histórico que proliferó del mundo clásico greco-romano pasó al del universo cristiano y medieval con la agonía helénica y con el avasallamiento del poder del Imperio. En ese momento de mutación llamado decadencia, dábamos un relativo adiós a las cosmovisiones de la antigüedad. Dejamos de ser antiguos y de estar en la *polis* (que perteneció al mundo clásico) y pasamos entonces a la *civitas* romana. La *polis* era un espacio gobernado por los dioses (como congregación de leyes divinas), la *civitas* era dirigida por la ley (como estructura y *dictum* de leyes humanas). En rigor, no es lo mismo *polis* que *civitas*.

De hecho, la palabra “ciudad” viene de la latina “*civitas*”. Nebrija la rastrea medievalmente; a la voz latina le da el término —descifrándolo— *civis*, la connotación del radical de la palabra en cuestión, el significado de “subordinado”, de “súbdito”, y al de *civitas-atis*, el de ciudad-Estado, como conjunto de ciudadanos. Y Corominas,⁵ acertadamente da pistas de los orígenes de este magno concepto con las reveladoras palabras de *cibdad* (que hace pensar de súbito en el morisco de influencia árabe e islámica) y *cidat*, que también la usa Tácito. De ahí que del “*civitas*” latino provengan palabras como “civilidad”, “ciudadano”, etcétera. Sin embargo, los radicales antiquísimos revelan la relación que hubo entre las elementales “*ciu*” y “*cu*”, que implican cuidado —de cuidar: ciudad como cobijo. De hecho, el sentido de la palabra *civitas* en la Roma clásica era antónimo; es decir, contrario al de “militar”.

⁵ J. Corominas, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Gredos, tomos I-VI, 1991.

El espíritu de la palabra *civitas* se remonta al de la *polis*, que en Roma tendrá, a la vez, el sentido de “memoria” y de “identidad”, palabras que encontraron un hilo, y una unidad esencial con el concepto latino de “pater”,⁶ del cual nos viene “patria”, dándole a esta categoría un sendero político.

La urbe y su significado dicen su sentido en su contenido originario: en la palabra *urbanus* y *Urbanus* viene de “orbe”, cuyo significado es “mundo”.⁷ Las antiguas concentraciones urbanas comenzaron a congregarse o erigir mayor número de personas, bajo el esquema de una antropología social; tal vez, el principio rector de esta movilidad concentradora pueda hallarse en “el miedo” en aquellas sociedades arcaicas, aunque no descartamos que un principio más reciente sea el de poblar como “principio de concentración de poder”. Las creencias unieron y siguen uniendo a los pueblos. La creencia es como un hábito, no necesariamente un proceso ontológico. Los ritos que antaño fueron los cimientos de las grandes religiones, pasan a ser “el poder” de las instituciones bajo el amparo del Derecho. La Iglesia y las sectas (con tan diversos nombres y banderas) son algunas de las expresiones más acabadas de ello. La homogeneización de este poder —en el pensamiento político clásico— se enfoca en el espíritu de la ley y en ser principio de derecho.

Pero la historia es testigo de los cambios de los hechos. Heráclito de Éfeso sentenció que todo pasa y nada permanece. No solamente mueren hombres —reyes poderosos—, culturas y pueblos enteros han desaparecido de la faz de la tierra. Existieron antaño grandes culturas que el tiempo ha desintegrado, o posiblemente han desaparecido por ser vencidas por otras tal vez más guerreras; o sólo por haber sido destruidas por las fuerzas bárbaras que aplastan con armas y no con ideas ni proyectos.

Hubo grandes imperios que como culturas florecieron y que se resisten a perecer pese a nuestros tiempos adversos incluso para la memoria,

⁶ *Pater*, de ahí la palabra “padre”, del *pater familiae* como figura de autoridad y mando.

⁷ *Mundus*, en latín tiene el misterioso y transparente significado de: fuera del alma. En latín clásico cristiano, *mundo*, tiene el significado de enemigo del alma.

contrarios a una curiosidad legítima como universitaria. Los olmecas o los mayas, los etruscos o los grandes mandarines de Oriente, ellos junto con otras raíces, aún hoy encuentran eco en nuestras desconcertantes sociedades.

II

La construcción de la convivencia, rebasando un hipotético estado de naturaleza, tuvo que estar en el pacto intersubjetivo hobbesiano. La ley era el poder; el poderoso “era” la ley.

La historia de la ciudad (así, en abstracto) generalmente no ha sido una historia de la evolución jurídica,⁸ sino de intereses tanto políticos y de Estado, como de individuos y romances. No nos hemos detenido a pensar en la historia del amor humano, ni de amores en sociedades en donde también se ha amado.⁹ A este respecto la literatura y la poesía siempre han dicho mucho más de lo real que la historia.

La historia postula un “mínimo” recorrido de una aparente cohesión de intereses individuales y colectivos, cuando en realidad tal vez la historia de la civilización sea sólo un enramaje de envidias y de muertes. La construcción de la alteridad social ha estado supeditada a un conjunto de fuerzas que aún hoy ni el pensamiento social, ni la ciencia política contemporánea muestran con claridad. Bajo esta lógica, la Iglesia junto con otros órdenes monárquicos han tenido una influencia indudable en la conformación social en Occidente, por lo menos, en estos dos últimos milenios.

Las *civitas* o ciudades eran concentraciones cuantitativas (no cualitativas) en los tránsitos sociodemográficos que atravesaron con las diver-

⁸ ¿Hasta qué punto podemos hablar de una evolución cultural, cuando sólo hemos renovado los medios “para hacer lo mismo?”

⁹ Aunque desafortunadamente este fenómeno se esté transformando paulatinamente en un intercambio comercial y de objetos y no en una posible fusión de espíritus en nuestras sociedades, que se jactan de modernas, posmodernas o posindustriales.

sas formas de producción. Ese “espíritu cuantitativo” fue sólo un origen de las ciudades modernas.

El imperio romano se resquebrajaba cuando el mundo bizantino también delimitaba y determinaba Occidente. Emergieron entonces los feudos como organización social y política; la Iglesia (ya en plural) siempre estuvo presente. Los señoríos surgieron, y la nobleza tuvo reacomodos. Los pequeños y grandes principados, así como los reinados, otra vez aparecieron, formándose algunos otros emergentes como aparentes novedades.

De feudos a señoríos, de principados a reinados, de esclavos a siervos. El universo medieval nació paralelo al imperio del cristianismo. En esta génesis los emperadores dejaron de llamarse así, para ostentar su nuevo nombre: “pontífices”. Los papas dominaron el Medioevo en medio de señores y reyes, entre un orden guerrero y eclesiástico, entre la prédica de paz con la guerra. La historia de las guerras, en particular de las “Guerras Santas”, es una amplia lección que nos deja la historia para delimitar incluso senderos y arquitecturas de ciudades y de enlaces urbanos.

Los feudos (con la complejísima red de la historia de los inventos, de las creencias y de los descubrimientos) paulatinamente comenzaron a no ser solamente concentraciones de gente dedicada a los quehaceres de la agricultura, con el tiempo esa gente empezó a desarrollar actividades artesanales que pronto se transformaron, aunque de manera elemental, en tareas fabriles, alejándose así, poco a poco, del poder absoluto, del Soberano y del Rey, así como del poderío del señor feudal, creando con ello nuevas condiciones socioeconómicas; entonces, de los feudos surgieron los burgos.

Un burgo (del latín *burgus*, que significa comerciante) fue un conjunto de caracterizaciones que tomaron las *civitas* o ciudades en una concepción más moderna. Un burgo¹⁰ era un comerciante y el burgo, el lugar en donde se producía y se intercambiaba mercancía (incluyendo dinero). Esta figura también, de manera paulatina, hizo del burgo otro origen de las grandes o importantes ciudades medievales.

¹⁰ De ahí la palabra “burgués”.

Los hombres de comercio, es decir, de poder económico, los burghueses, comenzaron a ser los hombres de negocios y de peso de la ciudad, siempre queriendo suplir con su dominio las tareas de la política: el poder económico no es necesariamente el poder político.

Estos “hacedores” que en el inicio comenzaron con artesanías, se transformaron pronto en fabricantes. El hombre rural construía lentamente novísimas figuras de lo que más adelante serían los elementos del ciudadano. El campesino y el artesano construían así otras estructuras organizacionales y socioeconómicas en la historia de las nacientes sociedades modernas. Surgieron “nuevas” estructuras y clases sociales en la nomenclatura de la pirámide poblacional, que volvió a tener una intensidad inédita. Estos hombres del poder económico emergente, fueron quienes destronaron a la nobleza e impulsaron cambios significativos —junto con otras clases sociales— en la historia moderna del mundo.

En esta construcción de lo moderno social, muchos y múltiples caminos existieron para que surgiera la figura del “ciudadano” como la conocemos actualmente. Nuestro mundo no siempre fue lo que es, la figura política y jurídica del ciudadano obedece a cambios relativamente recientes en los contextos determinantes de cánones para el porvenir de los pueblos.

Las grandes ciudades del mundo actual encuentran su “nacimiento moderno” en el surgimiento o resurgimiento,¹¹ de y en los modelos industriales a los cuales se acopló la geopolítica o el reordenamiento económico.

Pero no todas las conformaciones urbanas han sido así en lo general; también de invasiones y de conquistas vive el hombre, Tucídides, Maquiavelo o Tácito no son simples lecturas académicas.

La reconstrucción del mundo moderno se sitúa y contextualiza en el pensamiento clásico de la historia del pensamiento universal. El Leviatán hobbesiano da razón de ser a la noción de Estado moderno. La seguridad que requieren los muchos y cada uno de los individuos en el marco social

¹¹ Venecia y otras ciudades antiguas, obviamente, están en una situación más sublime que la que se sugiere en esta sencilla reflexión.

y jurídico es la dialéctica del crecimiento del enjambre social y de la vida del Estado; ésta es la causa del pacto —contractualista— que pensó Hobbes y que más tarde retomó Rousseau. Pero en esa parte de la historia de la humanidad,¹² comenzaba a invadir y a penetrar en la vida humana toda, “la técnica”, haciendo del hombre una existencia mecánica pese al Humanismo renacentista y enciclopédico de aquellos siglos.

Las ciudades o burgos reproducían y comenzaban a fabricar y transformar a “la forma” (que no a la esencia) de la vida humana; acaso las aspiraciones de una vida cómoda (que no más fácil) llamaron al engrosamiento de la existencia humana urbana.¹³ La geografía humana cambió. El reacomodo en estos últimos siglos ha sido casi total. Así, uno de los grandes retos que aún se ventilan como problemas mundiales modernos de las ciudades es la distribución de las inversiones —públicas y privadas— vertidas en la infraestructura de la vivienda.

La concepción de lo moderno no es contemporánea. Esta palabra ya la usaban los romanos con la connotación de su “presente”. Lo “moderno” no es el modernismo; este último concepto representa más bien un movimiento artístico. En el historicismo humanista lo “moderno” es una parte definida de la historia —más allá de fechas— que marca condiciones de vida, pero sobre todo formas de concebir al mundo que van desde el empirismo y mecanicismo hasta el positivismo (que creía finalmente en el progreso y que culminó en un estado de la desesperanza). De ahí que nos cuestionemos y tengamos la obligación de meditar sobre el tiempo en que viven nuestras sociedades contemporáneas.

Lo contemporáneo es el fenómeno del tiempo presente. Pero dicho fenómeno puede o no ser moderno, clásico o antiguo. Lo contemporáneo es una situación del presente, no de “grados de desarrollo”. Las linealidades han dejado su razón de ser en el modernismo anacrónico ante tiempos tan heteróclitos o desordenados como los que hoy vivimos.

¹² De hecho sólo hay historia de la humanidad; en rigor filosófico, no hay historia vegetal ni animal.

¹³ No obstante, nunca estará de más una seria reflexión sobre el comportamiento poblacional en las grandes urbes para llegar a categorías y no sólo a estudios de caso.

Se construye un sentido pretérito en el porvenir presente del mundo, y al frente, un añorado camino que pronto se desvanece. El desorden (no sólo en la conciencia y en el espíritu de los pueblos) aparece entre el aparente orden de las ciudades. El conflicto perpetuo nos desafía.

III

La ciudad no es la totalidad. Aun cuando la ciudad tiene un abanico amplísimo de formas de existencia, el universo humano tiene otras grandes facetas en sus formas de vivir, de vivir colectivamente. La provincia es otra situación posible y estética; pero no sólo del binomio se construye la unidad posible en la manera de vivir humanamente.

Otras formas de convivencia fuera de las urbanas son las que asume buena parte de la población mundial. Por lo tanto, la vida urbana no es la prevaleciente absoluta en el planeta. No obstante, lo común es la comunidad, y aquí sí, la comunidad es la unidad. El principio koinónico¹⁴ es la forma de ser que se sintetiza en el lenguaje, en los lenguajes del sujeto en sociedad.

Y aunque difícil, la “autenticidad en la convivencia” es posible en la ciudad (en la vida urbana o de provincia). La civilidad no es fácil. Pero ¿qué es la civilidad? Como vocablo esa palabra es aparentemente transparente, su estructura filológica se complejiza en el significado del *civis* latino, concibiéndola como una forma de ser subordinado.¹⁵ En las definiciones modernas y aceptadas, la civilidad se transforma en una comunicación cordial; en un nivel de conciencia y de forma de actuar consciente; de respeto frente a la otredad.

La civilidad es una alternativa en la existencia humana, pero hay otras formas de existir y una de las más elevadas, socialmente hablando, como forma de ser, es la civilidad. No toda actitud, evidentemente en sociedad, es civil. Civilidad, como forma de asumir y resolver los problemas

¹⁴ Esta palabra significa, entre otras acepciones, “que da, o concede comunidad y comunicación”.

¹⁵ “Subordinado”, aceptando la filología del sentido del significado del *civis* latino.

o situaciones vitales que enmarcan al conflicto entre los hombres, es construcción del cosmos humano social y colectivo. La civilidad política es un punto culminante de entre las formas esenciales de las civilidades posibles.

La civilidad es la antítesis de la guerra y de la violencia. No obstante, como forma de enfrentamiento, la civilidad es una fórmula que contiene a varias, otras para la cordialidad mínima en el ámbito de lo público y del conflicto. Civilidad implica “pulir” una existencia y formación privada para hacerla pública.

La vida pública es, en esencia, un deber ser bajo los parámetros de la legalidad. Pero como ser, lo público opaca o aplasta a los mandatos privados. La reconciliación se asume como complejidad. El centro entre una y otra vida (la pública y la privada) es la vida del sujeto en la construcción y en la constitución del ciudadano.

El ciudadano debe poseer un alto grado de tolerancia. La tolerancia es para el hombre adulto. Un niño no tolera, por eso es violento; porque no comprende. Ser adulto no es tener una edad, sino un grado de conciencia, un rango en su actuar. La democracia ahí también cimienta su esencia. La democracia es cierto entendimiento, pero sobre todo de comprensión. No es sólo un procedimiento aritmético aunque así lo vean los instrumentos operacionales de los gobiernos de las ciudades aparentemente más complejas. El problema se agudiza en el tránsito que va de la existencia de los ciudadanos a la formación y presencia de electores.

No obstante, el anónimo como parte de la masa en las tareas que tiene el sujeto en el quehacer político de las democracias contemporáneas, no le queda sino sólo “elegir” masivamente en elecciones de otras elecciones y selecciones. La razón aún no se antepone como proceso político a las razones de las mayorías. Jamás ninguna certeza epistemológica ni ontológica, para que exista, se ha sometido o supeditado a votación.

En estos contextos posmodernos (que ya Heidegger anunciaba), pese a que parecen no-tener sentido, encuentran “una dirección” o sentido abstracto social en la indiferencia, en los laberintos de las soledades de una anticomunicación como forma de ser urbana.

Se trata de lo antipersonal. La construcción civil, como es trato interpersonal, ahora se somete a un procedimiento novedoso. El trato virtual (computacional, de internet, informático, del chat, etcétera) provoca nuevas facetas en los tipos —en todos los sentidos— de la comunicación humana. ¿Qué es la realidad actualmente frente a las experiencias virtuales y las empíricas? Los conceptos también exigen ahora otro esclarecimiento a partir de las novísimas tecnologías y vivencias públicas como privadas, y la ciudad también es eso, colectividad virtual, ciudades virtuales.¹⁶

La indiferencia corroe las venas del trato del sujeto ante la experiencia ajena. El mensaje no importa, su sentido se diluye entre los intereses individuales, y si se quiere entender algo sobre éste (es decir, sobre el mensaje), es sólo para la destrucción del interlocutor posible: el conocimiento es sobre todo un arma que hay que saber usar. Las patologías presentes, con el ahínco de su presencia, comienzan en la costumbre a no serlo.

La costumbre ha absorbido al rito. En otros tiempos los ritos implicaban formas de ver y de asumir al mundo. Ahora el rito se volvió costumbre, sin ser forma de asumir ni de ver al mundo. Se profesa la paz, y se vive en una constante violencia, en una forma de vida como constante enfrentamiento. Y aunque esto no es nuevo ni seña de nuestro tiempo, aún sigue sorprendiendo incluso la acentuación que hay en ello.

Las carencias esenciales (más allá de los servicios y de infraestructura) entre los hombres de la ciudad, han de meditarse en la carga de verosimilitud del lenguaje intersubjetivo de su ser, en el replanteamiento de su disposición de conocer y de responsabilizarse y de asumir a la ley como una alternativa real, frente a los grandes vacíos que se vislumbran y dejan verse en la conciencia colectiva¹⁷ humana (individual y social) en

¹⁶ Cabe aquí la reflexión sobre los grados de “responsabilidad” que se pueden ejercer en el mundo del mensaje virtual entre sujetos de la “red”. Los problemas éticos y morales se extienden en este rubro para replantearnos aquellos sobre la conducta intercolectiva en las sociedades imaginarias.

¹⁷ Sin necesariamente entender por ésta a la voluntad común que planteó Rousseau.

las ciudades. La ética se ha vuelto más una moda que un análisis; más una disciplina que una forma de asumir al espíritu.

Pero el vacío del hombre contemporáneo (principalmente urbano) dictamina también un sentimiento “arcaico”: de querer encontrar o “re-encontrar”, tal vez, un sendero perdido y ausente desde tiempos inmemorables. ¿El querer encontrar qué? Es un sentimiento que nos viene de épocas en las que fuimos nómadas.

La Humanidad engloba a la civilidad; pero no sólo de civilidad se conforma la Humanidad.¹⁸ La Humanidad urbana (con las grandes herencias de las tecnologías y de los liberalismos) no sólo se ha despreocupado del prójimo, sino de su ser como “hombredad”. Sin temor al equívoco, tal humanidad vive una paradójica deshumanidad y desesperanza.

La humanidad en cuestión, carece de humanismo, es decir, de conocimiento amplio y universal que no fanatice encadene o supedita la libertad de los hombres. Quien dicta sentido en sociedades así, sólo puede ser el dinero o los senderos del placer sin razón que a la vez conduce a un deshumanitarismo hacia la nada.

La ciudad se ha vuelto un artificio, una necesidad posiblemente fatua, un ideal que puede engañar. Las ideas campiranas se vuelven escasas como proyectos de vida frente a las contingencias económicas y tal vez por ello, las que existen sean semblantes de matiz elegante. Una vida mecánica que sólo aspira a cubrir necesidades,¹⁹ inspira y convoca al desinterés por vitalidades como las del quehacer político como oficio ético y estético de buen nivel.

Sin embargo, y paradójicamente, la ciudad es pretensión de construcción de la paz. Y aquí la paz es la construcción de la complejidad. Estos elementos, en síntesis, son la calidad de la comunicación que damos. El filósofo Nicol decía que Ser es, una forma de ser. Una forma de ser, es una forma de ofrecer el ser, de comunicar nuestro ser.

¹⁸ “Humanidad”, como lo plantea Ortega y Gasset en su *Sentimiento trágico de la vida* (Altaya 1998): hay que entenderla como al conjunto de “hombres y mujeres de carne y hueso”, y no en su sentido abstracto.

¹⁹ En el devenir humano, donde sólo hay necesidad, no puede haber libertad.

Hay que pensar en un replanteamiento de los órdenes públicos y políticos para establecer otro esquema (necesario) en las direcciones de las raíces del ser ciudadano, ya que las patologías no son menores.

La política es un oficio. Sería ideal que la política reflejara pensamiento y no ser acción sólo como reacción rumbo a la eficacia. Así, pensar en la civilidad es posibilitar un grado real de cordialidad en la dinámica de la construcción de la convivencia. La civilidad presupone un alto nivel de tolerancia; sin tolerancia, no hay civilidad (ser tolerante no es sinónimo de cobardía). Ser tolerante es una forma de asumir lo que hay.

La civilidad se vuelve necesaria en el conflicto, y la vida madura tiene un matiz que enmarca a la existencia humana en una constante lucha. Por ello, a la política hay que pensarla como una tarea compleja con la que se posibilita la paz. No es sólo regulación del conflicto. Aunque la civilidad no necesariamente sea garantía de paz. La civilidad es una tonalidad en el trato: ser civil es estar en el campo del Derecho. La civilidad es límite, por lo que puede entenderse también como campo para la libertad. La libertad es una conquista, pero sobre todo, un espacio —que emerge de la conciencia— con fronteras en el mundo.

Podemos pensar que la civilidad es respeto hacia el otro, y cuando hacemos de ese otro nuestro interlocutor, nos construimos a nosotros mismos y heredamos parte de nuestro ser al ser. Con esa construcción vamos creando humanidad, cimentando los niveles de nuestras huellas en lo que el tiempo transforma en la memoria de los pueblos.

La civilidad política no necesariamente es reflejo de una civilidad pública. En más de las veces manifiesta el nivel de lo privado. La civilidad política es acumulación de humanidad, de humanismo —hay casi místico— como proyecto entre entendimientos; puede ser un querer comprender las razones del prójimo.

Las raíces de semejante civilidad están en las raíces del Hombre, y justo por eso es de capital importancia la educación en un individuo. La formación de un hombre no es sólo la información que adquiere en la escuela, no es una colección de calificaciones ni de títulos, sino la formación de su sensibilidad, de su carácter y espíritu; es ahí donde se deposita la esencia de la formación de los hombres que actúan sobre el mundo.

Las palabras y los argumentos con los que se construye la política son sólo algunos de los elementos que expresan profundidades del alma. La vileza con la que se destruye al interlocutor es sólo expresión de la inmediatez del ser un pusilánime. La meditación es tarea fundamental en las encomiendas políticas porque ella misma es menester principal.

Por lo tanto, toda raíz que se quiera ver de las civilidades posibles ha de encontrarse en los fundamentos de la ética colectiva e individual. Habrá que pretender al menos, re-encontrar las estructuras de lo que somos y visualizar orígenes y proyectos con talento y lucidez.

La meditación de los niveles de la política²⁰ (conductora de civilidades) nos conduce a pensar para asumir los grados reales de la libertad como categoría que exige ser vivida. Un hombre sin libertad no puede ser llamado hombre.²¹ La preocupación por la libertad en la convivencia civil y política no sólo es una temática clásica, sino es siempre una directriz para construir lo que podemos ser; es decir, hombres más amplios, con integridad para asumir una vida con imaginación y fantasía; pero sustancialmente con autenticidad en la realidad que nosotros mismos construimos y dejaremos como herencia en el porvenir.

²⁰ La noción de "Política" aquí, la manejo como un juego de inteligencias.

²¹ Un individuo que miente ¿puede ser llamado hombre?